

la doncella del rosal

En otros tiempos un rey y una reina vivían en Jassy. Querían a toda costa mantener a su único hijo en palacio y para ello, siempre le estaban haciendo promesas que nunca cumplían. Un día el joven príncipe, que se llamaba Marin, fue a los aposentos de su madre y le anunció que si no le traía rápidamente una bella princesa de un país extranjero para ser su prometida, saldría él mismo en su búsqueda.

Después de esperar algunas semanas y, viendo que era improbable que sus deseos se vieran cumplidos, mandó buscar su caballo y sus lacayos y se puso en viaje. Cabalgó hasta que llegó a una amplia pradera con las más hermosas flores, entre las que discurría un arroyo plateado de agua cristalina al lado del cual crecía un gran rosal. Marin se acostó bajo el rosal con la intención de descansar un rato, cuando de repente oyó unas palabras que procedían de sus ramas:

Te ruego amado y dulce rosal
que abras tu corteza y me liberes
para encontrar un arroyo de agua
que refresque mi cara y mi cuerpo,
para seleccionar bellas flores
para adornar mi frente,
y para que se conozca mi alma
tan pura como la nieve

Entonces el rosal se abrió y de su centro emergió una doncella de cabellos dorados, tan bella que mirarla era más deslumbrante que mirar al sol. Cuando el príncipe Marin puso sus ojos sobre ella quedó petrificado por su belleza y, recobrando confianza, se le aproximó y le dijo:

“ Hermosa doncella, si me das una flor de tu guirnalda, te haré un nido en mi palacio; si me das una flor de tus labios para besarla, trasplantaré tu rosal y lo pondré en el jardín de mi palacio; si me das tu amor, te haré mi princesa” .

La doncella confió en él ciegamente y accedió a lo que el príncipe solicitaba.

Sentados uno al lado del otro se quedaron dormidos. Al despertar, Marin montó su caballo y continuó su camino con sus lacayos, dejando solamente un puñado de flores en la falda de la doncella dormida.

Continuando su camino, el joven príncipe llegó a atisbar a lo lejos un palacio de oro con topacios encastrados. Preguntó al primer hombre que encontró si el palacio era la morada de alguna joven princesa. Resultó que el hombre era el propietario del palacio y le contó que tenía la más encantadora hija. Él había oído hablar de la buena presencia y las riquezas del príncipe de Jassy, por lo que llegó a la conclusión de que aquel debía ser el joven Marin, y respondió:

“ Si, mi señor, aquí tiene su morada la princesa Lexandra, y yo soy su padre” .

Marin oyó aquello con alegría y solicitó ser introducido en el palacio con la intención de pedir la mano de la joven Lexandra. Se le invitó a pasar, y después de unos días de estancia y de darse cuenta de que la joven princesa era tan hermosa como buena y de que le agradaba, se puso en camino con su futuro suegro y pretendida prometida en un carruaje para presentarlos a sus padres en Jassy.

La doncella rosa, al despertar y encontrarse sola con la única compañía de las flores que el príncipe le había dejado, suspiró y dijo:

“Queridas flores, ¿por qué me habéis hecho dormir tanto tiempo y me habéis separado de mi amado?”

Levantándose del suelo, se acercó al rosal, y golpeándolo dijo:

Te ruego, dulce y amado rosal,
Que abras tu corteza y me dejes entrar

Pero el rosal no se abrió y solamente contestó:

“Vete de aquí, preciosa doncella, porque no has obrado bien y no puedes volver a entrar”

Llorosa, se volvió y viendo que no podía ser recibida nunca más en el abrigo del rosal, cogió una rama y se puso en camino por el mismo sendero por el que se había ido el joven Marin. Después de caminar una distancia, se encontró a un monje al que convenció para que le diera su hábito, que se puso, y continuó su camino vestida así. Al borde del bosque, al encontrarse muy cansada, se sentó a la sombra de un gran olmo. Poco después vio aproximarse en la distancia un carruaje conducido por ocho caballos y, a medida que se acercaba, logró distinguir a su desleal amado.

- “Buenos días, joven monje”, dijo Marin, “¿de dónde vienes?”
- “Del valle”, dijo el monje, “y cerca de un enorme rosal había una hermosa joven llorando que, al ser preguntada por la causa de su pena, me contó su historia”
- “Cuéntame lo que te dijo”, dijo Marin algo conmovido.
- “Esto es lo que me dijo”, dijo el monje, “que su casa había sido el rosal, donde ella había sido cuidada y amada y que, al salir un día de allí a buscar flores, se encontró con un joven príncipe que le pidió una flor de su guirnalda. Luego le pidió una flor de sus labios y luego le pidió su amor, que ella le concedió. Sentados de la mano entre las flores, se durmieron, pero cuando la doncella despertó se encontró abandonada, con un puñado de flores. Volviendo al rosal, repitió los versos que abrían su corteza para volver a entrar, pero el rosal le dijo que ya no podía vivir en él, por lo que la muchacha estaba llorando, llena de dolor”
- “¿Eso es todo?”, preguntó el príncipe.
- “Sí, es todo lo que sé”, contestó el monje.
- “Y, ¿a qué ciudad te diriges, mi buen monje?”, preguntó el príncipe.
- “A la misma que su alteza, a Jassy”, contestó.
- “Entonces sube a mi carruaje”, le dijo el príncipe abriendo la puerta y haciéndole sitio.

El monje aceptó rápidamente y, durante todo el viaje, el príncipe continuó preguntándole por la joven doncella.

Al llegar a Jassy, el príncipe invitó al monje a ser su huésped, y le dio una habitación al lado de la de él en el palacio.

La boda con la princesa Lexandra iba a tener lugar dentro de tres días, pero el príncipe Marin no podía olvidarse de la doncella del rosal y, cada tarde, al pasar al lado de la puerta del monje, se quedaba un rato hablando con él de la doncella.

Al final, llegó el día anterior a la boda y el monje desapareció. El príncipe paró una vez más a la puerta de su cuarto a preguntarle por la doncella, pero lo único que oyó fue un suspiro amortiguado. Al entrar, se encontró con el monje casi desmayado, y reanimándole, se dio cuenta de los cabellos dorados que salían de su capucha. Entonces llamó al rey y la reina y les dijo:

- “Mirad, esta es mi princesa, haced lo que queráis con la otra”

Entonces la Princesa Lexandra fue enviada de nuevo a su palacio con su padre, con grandes regalos, y la doncella del rosal se casó con el Príncipe Marin, y tuvieron muchos hijos y vivieron muy felices.